

OCTAVIO PAZ. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: FCE, 1982.

La fascinación de Octavio Paz por la figura de sor Juana Inés de la Cruz tiene su primera expresión escrita en un breve ensayo de 1950 en el cual se encuentran comprimidas sintéticamente varias de las ideas desarrolladas con más extensión en este libro de imponentes proporciones. Persiste en ambos escritos, por ejemplo, la convicción de que la vida y la obra de la poetisa sólo son comprensibles si las situamos frente al enigma de su renuncia a la palabra. Así, se ve cómo el silencio final alude a un espacio —el de lo indecible— señalado por las reglas implícitas que articulan los fundamentos políticos, religiosos y morales de una sociedad. La abjuración se transforma en un signo que revela —sin nombrarlas— las consecuencias ineludibles de la transgresión de aquellas normas incuestionables.

De esta manera, la vida y la obra de sor Juana aparecen, en el libro que comentamos, en estrecha comunicación con la historia de la sociedad en que le tocó vivir: el mundo de la Nueva España en la última mitad del siglo XVII. El propósito de Paz se articula con claridad: no se trata de reducir la vida y la obra a la historia de la sociedad en que se despliegan, ni de leer la obra literaria a través del doble texto de una vida y un tejido social, sino de interpretar y estudiar las compenetraciones y las intersecciones de estas tres realidades dentro de un sistema de vasos comunicantes.

De ahí que el autor se apropie de varios modelos metodológicos sin subordinarse a ninguno. Esta actitud ecléctica, que se mueve libremente entre psicoanálisis, estilística, formalismo y un contextualismo de orientación histórica, crea la impresión de una riqueza interpretativa que resulta de la conjunción de una pluralidad de perspectivas, cada una de las cuales arroja una luz limitada y parcial sobre diferentes aspectos de los tres misterios sin poder agotarlos nunca. Lejos del enfoque metodológico único, estamos aquí ante un ejemplo singular e intransferible de un eclecticismo guiado por una sensibilidad que no está dispuesta a reconocer una barrera exclusiva entre la actividad crítica que analiza y la pasión creadora que busca descubrir en la obra ajena correspondencias y rimas con sus propias obsesiones.

Esta postura interesada y parcial —visible en toda la crítica literaria y artística de Paz— entraña una incuestionable ventaja: resulta en una actualización del objeto de estudio. Así, a través de la lectura de Paz, sor Juana aparece milagrosamente como una contemporánea

nuestra —o casi—, mientras su vida y su obra se ven cargadas de resonancias que se prolongan hasta nuestros días. El corolario de esta actitud es el riesgo de que imperceptiblemente se aflojen los lazos entre sor Juana y su mundo. Una de las experiencias más ricas y más peligrosas para el lector de este libro consiste en ubicarse dentro de la fascinante oscilación entre una visión contextualista y una visión transhistórica que enlaza a sor Juana con el intelectual moderno y con la poesía moderna. Aunque no necesariamente incompatibles, existe entre los dos impulsos una tensión que a veces parece a punto de estallar.

Síntesis y compendio de muchas de las obsesiones personales de Paz, *Las trampas de la fe* se puede ver como una expansión y una prolongación de ensayos anteriores que tienen su punto de partida en *El laberinto de la soledad* (1950) y *El arco y la lira* (1956). Del primero arranca un afán de descifrar la naturaleza de la Nueva España y estudiar las características de sus modelos culturales y sus expresiones artísticas; del segundo, un primer intento de esclarecer la paradójica y marginada condición de la obra de arte, que aparece simultáneamente como producto social y como desafío o negación de la institución social que le dio origen. Las dos líneas confluyen en este libro, donde la Nueva España se ve, en la primera parte, como un régimen patrimonial caracterizado por una serie de equilibrios y rivalidades entre los diferentes poderes: el poder económico, dividido entre españoles y criollos; dentro de la esfera política, el virrey y la Audiencia; el poder eclesiástico, dividido entre el arzobispo de México y su rival en Puebla y, como tercer elemento con un grado de autonomía, los intereses de las diferentes órdenes religiosas. Como consecuencia de lo anterior, se desprende que la ortodoxia religiosa, tan monolítica en apariencia, no excluía la elaboración de doctrinas sincréticas en las cuales —sobre todo en las versiones de los jesuitas— ciertas nociones y figuras de la tradición autóctona y pagana eran vistas como prefiguraciones de las doctrinas católicas. Varios mitos que encarnan estas tendencias sincretistas servirían después como poderosos argumentos de legitimación para las aspiraciones separatistas y nacionalistas de los criollos.

El sincretismo de los jesuitas tenía su origen —según el autor— en el hermetismo renacentista, un momento tardío de una antigua tradición que parte del *Corpus hermeticum* de Hermes Trismegisto, influye en varios Padres de la Iglesia, vuelve a florecer en el neoplatonismo del Renacimiento y llega hasta el pensamiento poético de

los románticos y simbolistas y, en el siglo XX, hasta el surrealismo. El hilo central que persiste a través de estas mutaciones se puede resumir en la noción mágica del universo como un sistema de correspondencias. El punto de contacto de sor Juana con esta tradición —donde se amalgaman ciencia, magia, alquimia y religión— fue el jesuita alemán Atanasio Kircher (1601-1680), cuyos libros se leían en la Nueva España y quien, por asombroso que parezca, mantuvo una relación epistolar con Alejandro Fabián, amigo del obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, el “sor Filotea” de la *Respuesta* de sor Juana.

El sincretismo religioso tenía su equivalente en la estética barroca, una estética que permitía la asimilación de los particularismos, las singularidades y las irregularidades dentro de una armonía universal. Pero a pesar del afán de complementariedad y de la tendencia a incorporar lo otro dentro de una síntesis ingeniosa, el artista y el intelectual siempre corrían el riesgo de entrar en conflicto con una ortodoxia rígida que ponía límites a la actividad intelectual en todo lo referente a la esfera ideológica.

Esta escenificación preliminar —que sigue las ideas del autor— es el preludeo a la siguiente división del libro, la que está dedicada a la vida de Juana Ramírez antes de su profesión. Utilizando los datos disponibles, Paz reconstruye con imaginación la temprana curiosidad intelectual de la niña, destacando las figuras importantes del padre (ausente), el padrastro (intruso), la realidad “terrestre” de la madre, y la relación con el abuelo, relación que se interpreta como la sublimación de la sexualidad masculina en el conocimiento de la biblioteca. Esta interpretación de estirpe psicoanalítica sugiere que la biblioteca —como después la “celda” del convento— funciona a la vez como un refugio del mundo y una regresión a la indiferenciación sexual de la matriz. El deseo de conocer se presenta desde el principio como transgresión, y, puesto que el mundo de los libros es un mundo masculino, este afán asume el disfraz de la virilización. Lo que será después la “neutralización del sexo” en el convento, encuentra un antecedente simbólico en la sublimación de la sexualidad en el mundo de los libros.

Los años pasados en el brillo mundano de la corte, bajo la protección de varios virreyes, dan origen a la poesía cortesana de sor Juana, una poesía que —siguiendo a Paz— consta en su mayor parte de ejercicios retóricos, tal como se esperaría de una poesía de circunstancias. Sin embargo, existe en su obra un puñado de poemas líricos —los sonetos a Laura entre ellos— que son de una intensidad

personal que se hace sentir por encima de los moldes retóricos en que están inscritos. La cuarta parte de este libro contiene un meditado análisis acerca del peligro de leer según convenciones posteriores (las nuestras) poemas de amor profano elaborados de acuerdo a las convenciones de otro tiempo y otro mundo. Al leer poemas eróticos de una monja dedicados a otra mujer, nuestro asombro se matiza —mas no desaparece— si los vemos dentro de la retórica del amor cortés. Se trataría, pues, de una inversión de los papeles tradicionales o, mejor dicho, del desdoblamiento de la monja-poetisa en el papel del enamorado platónico. Lo extraordinario en este caso, afirma el autor, es que algunas composiciones logran expresar una pasión personal como algo realmente vivido —tal vez en la imaginación—, algo que trasciende el patrón impersonal de las fórmulas ingeniosas y artificiosas.

El autor coincide con varios críticos anteriores al ver la decisión de profesar, no como el resultado de un fervor religioso, sino como “un cálculo racional” (542) que tiene por objeto asegurar un espacio de tranquilidad, libre de obligaciones domésticas, donde la escritora pueda seguir con su afán de estudio y de conocimiento. El paso de la corte al convento no significa una ruptura —al menos para la monja—, puesto que desde su celda sor Juana sigue gozando de la protección de los virreyes. Además, a causa de las reglas más bien laxas en los conventos, el voto de clausura no impedía que las monjas recibieran visitas frecuentes en los locutorios. Desde el convento sor Juana sigue participando en la vida mundana.

Es indudable que las páginas más brillantes de este libro son las dedicadas a la poesía de sor Juana. Es conocida su maestría en cuestiones de versificación y su empleo de una rica variedad de metros y de formas poéticas —que incluyen hasta un *tocotín* en náhuatl—. Mención especial merece el extenso análisis del poema más ambicioso y más complejo de la monja: “Primero sueño”. Paz destaca la profunda originalidad de este poema intelectual, deudor del modelo de Góngora pero al mismo tiempo singular y único. Desde su tópico (el viaje del alma a través de las regiones cósmicas) el poema prolonga tradiciones anteriores, pero el verdadero “tema” (el fracaso del intento del alma de conocer la naturaleza del universo) inaugura otra tradición plenamente moderna: “el alma se ha quedado sola: se han desvanecido, disueltos por los poderes analíticos, los intermediarios sobrenaturales y los mensajeros celestes que nos comunicaban con los mundos de allá” (482). Esta confrontación entre el alma solitaria y el universo impenetrable constituye, para Paz, una de las líneas

centrales de la poesía moderna en Occidente. "Primero sueño" se transforma así en un antecedente directo de ciertos poemas extensos de Mallarmé, Valéry, Huidobro y Gorostiza (y aquí podríamos agregar con todo derecho el nombre de Paz).

La parte final del libro gira alrededor de los últimos años de sor Juana y los conflictos que terminan en su renuncia a las letras. En 1690 la monja redacta la *Carta atenagórica*, una crítica teológica de ciertas ideas del jesuita portugués Antonio de Vieira, escrita al parecer por encargo de Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla y rival del temible arzobispo de México Aguiar y Seijas, amigo de Vieira. Sor Juana aparece aquí como un peón indefenso que se ve envuelto en las batallas entre las más poderosas figuras del poder eclesiástico. Se sabe que la disputa teológica funcionaba con frecuencia como una máscara de luchas ideológicas y personales. Al ver que el poder de Aguiar no se tambalea, el obispo de Puebla abandona a la monja, y sor Juana escribe su célebre *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, una autobiografía espiritual que es al mismo tiempo una autodefensa intelectual en la cual se justifican el afán de conocer y el amor a las letras sagradas y profanas.

Pero es el confesor de sor Juana, el jesuita Núñez de Miranda, quien ejerce más presión para obtener la renuncia total de la mujer y una humillación que sirviera para sepultar definitivamente el orgullo intelectual de la monja. La abjuración final, la venta de su considerable biblioteca y de su colección de instrumentos musicales y, sobre todo, la confesión general que firma como preludio a las mortificaciones de la carne, son vistas por Paz como tristes antecedentes de los procesos públicos del siglo XX: los simulacros legales en contra de disidentes ideológicos que se ven obligados a confesar crímenes inventados por sus acusadores. La intolerancia de las ortodoxias —sean religiosas o políticas— exige, no sólo castigos, sino actos de retractación. El autor rechaza tajantemente la idea de una "conversión" final, viéndola como una invención de la hagiografía cristiana, y reitera su tesis de que el episodio representa el terrible espectáculo de una conciencia intelectual obligada a humillarse ante la intolerancia totalitaria del poder eclesiástico.

En vista de lo anterior, guarda especial importancia un documento descubierto en Monterrey en 1980 por el padre Aureliano Tapia Méndez. Se trata de una carta de sor Juana a su confesor Núñez de Miranda. En un apéndice a la tercera edición (1983) del libro que comentamos, la *Carta* se reproduce precedida por una breve presen-

tación de Paz. Si aceptamos su autenticidad —y hay buenas razones para hacerlo— la *Carta* parece ser una anticipación de la *Respuesta* de 1691. Pero su importancia reside en que, además de ser una defensa de sus actividades —como poeta, como intelectual y como mujer—, el documento revela por primera vez que fue sor Juana quien rompió la relación con su confesor y no, como se pensaba, el jesuita. Este acto fue de un extraordinario valor y de una gran audacia si se piensa que Núñez de Miranda era una de las figuras más poderosas de la jerarquía religiosa. En el momento de redactar la *Carta* (¿1681 ó 1682? según Paz) la monja gozaba todavía de la protección de la corte, pero esto difícilmente explica la abundancia de comentarios irónicos y hasta sarcásticos dirigidos al jesuita. Considérense, a modo de ejemplo, las siguientes interrogantes de la monja: “¿Las letras estorban, sino que antes ayudan a la salvación? ¿No se salvó San Agustín, San Ambrosio y todos los demás Santos Doctores? Y V.R. [Vuestra Reverencia], cargado de tantas letras, ¿no piensa salvarse?” (3a ed. 642).

A la luz de este documento, la hipótesis de Paz cobra mayor fuerza y dramatismo, puesto que el asedio y la humillación aparecen ahora más que nunca como actos dictados por la envidia, la venganza y la misoginia, motivos que se suman a la intolerancia institucionalizada de la ortodoxia religiosa.

“Ensayo de restitución” se titula la conclusión del libro: restitución de sor Juana a su mundo, pero también restitución de nosotros a su mundo y, podríamos agregar, una paradójica restitución de sor Juana a nuestro mundo. Si la obra de la décima musa representa la culminación del arte barroco, la conciencia intelectual de la monja surge como la víctima de una sociedad cerrada que está condenada a la parálisis. A lo largo del texto de Paz se apuntan los paralelismos entre el mundo virreinal del siglo XVII y las burocracias totalitarias del siglo XX. Sor Juana nos atrae, según el autor, por ser un ejemplo de disidencia, una conciencia libre que entra en conflicto con los fundamentos ideológicos, morales, políticos y religiosos de su tiempo.

Sin embargo, persiste la duda, al menos para este lector. Sor Juana, ¿es realmente nuestra contemporánea? Sus conflictos con el poder de su tiempo ¿se deben a una inconformidad con los fundamentos ideológicos de su sociedad? ¿No sería igualmente válido afirmar que la monja compartía, en lo esencial, los fundamentos de su universo y que sus conflictos con la jerarquía se deben primordialmente a la intolerancia de dos figuras dominantes? La contemporaneidad de sor Juana, ¿no se debe sobre todo a la extraordinaria lectura de Paz, a la

empatía y la secreta identificación que el poeta-intelectual del siglo XX establece con la poetisa-intelectual del siglo XVII? En *Las trampas de la fe* el lector atento puede descubrir, proyectadas sobre sor Juana, las claves de la autobiografía intelectual del propio Paz.

Pero regresemos al asunto que constituye, a todas luces, la hipótesis central de este multifacético libro: la influencia de la tradición hermética en el pensamiento de sor Juana. Esta tradición, según el autor, es la que ilumina varios de los emblemas, las imágenes, los símbolos y las figuras mitológicas que aparecen en "Primero sueño". Resulta difícil valorar esta hipótesis, precisamente por la ausencia, en el mundo hispánico, de estudios históricos sobre la incidencia del hermetismo en la literatura de la época barroca. No existe en español nada comparable a los libros de Frances Yates sobre la influencia del hermetismo en la literatura y la cultura inglesas. En lo que se refiere a la cultura hispánica se hace sentir la necesidad de investigar más sobre las complejas relaciones entre hermetismo y herejía. Los argumentos de Paz son poderosos y están apoyados en una envidiable erudición, pero ahora toca a los sorjuanistas consagrar una meditada reflexión a estas conjeturas.

Las trampas de la fe es un libro impecablemente escrito, tal como se esperaría de uno de los grandes estilistas de la lengua castellana. Pero el texto no seduce solamente por su estilo accesible y gozoso sino también por la amplitud de las perspectivas ofrecidas y por la sensibilidad de las lecturas de la poesía de la monja. Se trata, por supuesto, de un libro apasionado y apasionante. Pocos ejemplos comparables hay en la cultura hispánica de estudios de esta envergadura escritos por un poeta sobre la vida y la obra de otro poeta. Recreación de un mundo, reconstrucción y actualización de una vida, desciframiento y análisis crítico de una obra, este tomo ejemplifica dos de los rasgos esenciales que Paz encuentra en la vida y la obra de sor Juana: la rigurosa pasión por el conocimiento y la obstinada independencia intelectual.

ANTHONY STANTON
El Colegio de México